

- WOLIN, Sheldon S. Tr (1973): "The Politics of the Study of Revolution". *Comparative Politics*, 5 (3): 343-358.
- WOLPE, Harold. Tr (1969): "An Examination of Some Approaches to the Problem of the Development of Revolutionary Consciousness". *Telos*, 4: 113-144.
- WOMACK, John Jr. Ec (1969): *Zapata and the Mexican Revolution*. Cambridge: Harvard University Press. [Trad. cast. de F. Glez. Aramburo, *Zapata y la revolución mexicana*. México: Siglo XXI: 1969].
- YEPES DEL POZO, Juan. Tr (1960): "Concepto sociológico de la revolución". *Journal of Inter-American Studies*, 2 (2): 145-158.
- YODER, Dale. Tr (1926): "Current Definitions of Revolution". *American Journal of Sociology*, 32: 433-441.
- YOUNG, Kimbal. Tr (1974): *Psicología Social de la revolución y de la guerra*. Paidós.
- ZAGORIN, Pérez. Tr (1959): "The Social Interpretation of the English Revolution". *Journal of Economic History*, 19: 376-401.
- Tr (1973): "Theories of Revolution in Contemporary Historiography". *Political Science Quarterly*, 88 (1): 23-52.
- Tr (1976): "Prologomena to the Comparative History of Revolution in Early Modern Europe". *Comparative Studies in Society and History*, 18 (2): 151-174.
- Ec (1982): *Rebels and Rulers, 1500-1660*, 2 vols. Londres: Cambridge University Press. [Trad. cast. de A. Alvar, *Rebeliones y revoluciones en la Edad Moderna*, 2 vols. Madrid: Cátedra: 1985].
- ZALD, Mayer N. McCARTHY, John D. Cs (1979), eds. *The Dynamics of Social Movements. Resource Mobilization, Social Control, and Tactics*. Cambridge: Winthrop.
- Cs (1980): "Social Movement Industries". *Res. Soc. Movem. Confl. Change*, 3: 1-20.
- Cs (1987): *Social Movements in an Organizational Society. Collected Essays*.
- ZEITLIN, Maurice. Tr (1984): *The Civil Wars in Mile (or the Bourgeois Revolutions that Never Were)*. Princeton: Princeton University Press.
- ZIMMERMANN, Ekkart. Tr (1980): *Political Violence, Crises and Revolutions: Theories and Research*. Cambridge: Schenkman.
- ZOLBERG, Aristide R. Ec (1968): "The Structure of Political Conflict in the New States of Tropical Africa". *American Political Science Review*, 62: 70-87.
- ZURCHER, L.A. y SNOW, D.A. Cs (1981): "Collective Behavior: Social Movements", en ROSENBERG, M. y TURNER, R. (eds.), *Social Psychology*, pp. 447-482. Nueva York: Basic.

Historia de la vida privada

Dirigida por Philippe Ariès y Georges Duby.

Tomo I: Del Imperio Romano al año 1.000 dirigido por Paul Veyne.

Tomo II: De la Europa Feudal al Renacimiento, dirigido por Georges Duby. Madrid, Taurus, 1987 y 1988.

La idea de hacer una historia de la vida privada como la que se comenta aquí, parte de la sugerencia hecha por el director de la editorial du Seuil, Michael Winock, -que publicará la edición original francesa- en un momento en que la presencia en el mercado de una serie de libros sobre aspectos concretos de la vida privada y de la existencia cotidiana indicaba que era éste un tema que satisfacía la curiosidad de un amplio sector de la población. Y que posibilitaba, en consecuencia, un alto número de ventas: de hecho, la obra dirigida por Ph. Ariès y G. Duby, cuyos dos primeros tomos han sido recientemente publicados en español, ha mostrado cumplir las previsiones, situándose a la cabeza de los libros más vendidos no solo en Francia sino en otros lugares en que ha sido publicado.

El concepto de privacidad, sin embargo, es relativamente nuevo pues surge dentro de las sociedades burguesas de los siglos XVIII y XIX y esto plantea el primer problema en relación a la pertinencia de su utilización para sociedades muy dispares a aquéllas en las que el concepto nace. Duby, al hablar de este problema, sostiene que bien puede trazarse la prehistoria del concepto, puesto que en todos los idiomas existe una denominación para el área privada, para lo que él define como "una zona de inmunidad ofrecida al repliegue, al retiro, donde uno puede abandonar las armas y las defensas de las que conviene hallarse provisto cuando se aventura al espacio público, donde uno se distiende, donde uno se encuentra a gusto, 'en zapatillas', libre del caparazón con que nos mostramos y protegemos hacia el exterior. Es un lugar familiar. Doméstico. Secreto también".

Al trazar la historia de este ámbito (como Helena Béjar lo califica en su reciente estudio*) la obra, dirigida por G. Duby y Ph. Ariès (hasta su muerte en 1984), sigue las huellas de la llamada "nueva historia" y se ven en ella los trazos inequívocos de la obra de Foucault, cuyos trabajos pusieron en cuestión muchos aspectos, probablemente no tanto en el terreno estrictamente histórico cuanto en las propias interpretaciones políticas y sociales de nuestro tiempo, al posibilitar nuevas ópticas en las preguntas sobre el pasado y, por ello, nuevas cuestiones sobre el presente (¿existe alguna historia que no sea historia del presente?). La educación y sus modos, la moral y los comportamientos sexuales, la relación con el cuerpo, propio y de los otros, el cuidado del mismo, la higiene, etc. estudiados en las páginas de esta obra, deben mucho a los escritos foucaultianos. Como también lo deben al estudio pionero que N. Elias redacta en 1939 y cuya edición alemana, hecha casi cuarenta años después, llena hoy las librerías europeas**. Es también claro el peso de las aportaciones de la psicología y la antropología sociales y de ese "cajón de sastre" en que muchas veces parece haberse convertido la historia de las mentalidades.

Todas estas deudas e influencias múltiples hacen que esta obra, dirigida por dos historiadores tan prestigiosos como, en cierto modo, dispares (Ariès, historiador activamente no académico, bien conocido por su historia sobre la infancia y sobre las cambiantes actitudes ante la muerte y G. Duby, miembro destacado del *College de France*, ágil y vivaz medievalista, que ha recorrido con su pluma los más variados aspectos de una época en que es uno de los mayores expertos), se nos aparezca como un conjunto heterogéneo, redactado por 38 especialistas, franceses en su mayor parte, que, a lo largo de cinco tomos, recorren dos mil años de historia y realizan unas contribuciones que, aún estando coordinadas por el director de cada volumen, conservan una autonomía en la exposición y el planteamiento que hace que el resultado final no sea lineal ni exhaustivo y aparezca, en algunos momentos, como un rompecabezas al que faltan multitud de piezas.

Tampoco pretende ser otra cosa. Dificilmente podría: hacer una historia así es un empeño imposible. De hecho, como afirma Duby, lo que se pretende no es tanto dar respuestas totales cuanto presentar un programa de investigación en el que se plantean más preguntas que las repuestas ofrecidas. De todos modos, habría que decir que el ámbito de dichas preguntas va quedando progresivamente reducido a medida que se avanza en el tiempo, hasta quedar casi por completo limitado, en los dos últimos tomos, a la sociedad francesa. No es ese el caso de los dos que ahora se comentan.

Corresponde el primero de ellos, al coordinado por Paul Veyne. Cinco especialistas analizan en él diversos aspectos de una época que va del Imperio Romano al año mil. Se elige a los romanos y no a los griegos como comienzo porque, como dice P. Veyne, "los griegos están en Roma, son lo esencial de Roma". Es Veyne quien inicia el estudio del Imperio, realizando un brillante ensayo que es algo más que una exposición sobre la vida privada entendida en un sentido reducido: comenzando por el hecho del nacimiento, los modos en que se da vida real y legal al recién nacido, las prácticas de la exposición, el abandono, el aborto o el infanticidio, se termina con un estudio de la muerte y de las visiones del más allá, junto con lo que el autor denomina como 'tranquilizaciones' para hacer frente a todos los temores que de ello se derivan, estudiando la idea de Dios, tan marcadamente distinta de la que imperaría, con el triunfo del cristianismo, poco después. Entre estos dos extremos se exponen, en un amplio abanico, los distintos aspectos de la sociedad romana: el matrimonio, la familia y las relaciones dentro de la misma, el mundo de los esclavos y los libertos, la educación, común por lo general para niños y niñas hasta los doce años, hecha dentro de un marco de referencia ciudadano, la moral, el mundo del poder, en cuyo ejercicio lo público y lo privado se confunden, al igual que lo hacen en buena parte de las manifestaciones que, como los espectáculos o los baños públicos, caracterizan a la sociedad romana. El mundo de los ricos, el de la ociosidad y el trabajo, el peso de la opinión pública, desfilan por estas páginas que, sin hacer referencia explícita a las instituciones o al mundo de la política concreta, consiguen —al igual que lo harán las de P. Brown y a diferencia de lo que ocurre con algunas otras aportaciones, trazar un cuadro en que lo privado y lo público no son espacios separados sino que se explican mutuamente.

Es Peter Brown quien estudia el paso lento de una comunidad a otra, de la comunidad ciudadana antigua a la Iglesia cristiana, los diversos puntos en que dicho cambio se va realizando, partiendo de la evolución que se había ido produciendo, ya desde el siglo I, en el mundo pagano. La nueva antropología, marcada por una fuerte solidaridad y los nuevos

espacios urbanos en lo que la Iglesia resultará dominante, aparecen junto al estudio del monacato, que no solo debilitará la urbe sino que pondrá en cuestión el papel de los espacios públicos como lugar fundamental de socialización. En los cuatro siglos que estudia, del II al VI, se va a trazar el paso del hombre-ciudad a la iglesia-mundo que en religión se corresponderá, a grandes trazos, con el paso de una, fundada sobre el modelo cívico de las relaciones entre iguales, a otra finalmente triunfante, basada en el modelo paternal y familiar y caracterizada por la solidaridad, pero también por la sumisión.

Tras estos dos magníficos capítulos viene el estudio de Y. Thebert sobre la arquitectura del Africa romana. Mucho más concreto, en él se deduce la vida privado-pública de las clases poderosas (solo ellas dejaron mansiones cuyos restos permitan semejante estudio) basándose en un detallado análisis de las distribuciones espaciales de las viviendas, de sus ampliaciones de nuevos espacios —entre ellos el importante hecho de la aparición en las casas de letrinas y baños privados— etc. Los ensayos de M. Rouche y de E. Platagean, centrados en la Alta Edad Media occidental y Bizancio respectivamente, cierran este primer tomo. Señala Rouche cómo la vida privada va a apasar a ser, en la Alta Edad Media, el factor predominante de civilización, coincidiendo con el paso de la ciudad al campo, en un proceso en el que los monasterios jugarán un papel clave. La invasión de los bárbaros en realidad es, dice Rouche, una invasión de lo privado, ámbito que acabará por dominarlo todo, llegando a una confusión con lo público que caracterizará todos los aspectos políticos y sociales. El Estado, la justicia, los poderes, los espacios privados, las relaciones familiares y con los otros, la violencia y la muerte, el mundo de la religión, pasan por las páginas de estos ensayos, sugiriendo a veces, más que exponiendo, pero cerrando un dibujo que hace que este primer tomo, a pesar de la diversidad señalada, se lea como un cuadro con un fondo difuminado pero similar para las diversas escenas que representa.

No sucede lo mismo con el segundo tomo. Si hubiera que describir este volumen, dirigido por Duby, en el que se aborda una época, no tan larga pero sí tan compleja como la anterior (de la Europa feudal al Renacimiento), se diría que se trata de unas pinceladas que dejan su impresión sobre un fondo mucho más desdibujado, cuando no ausente, como sucede en algunas ocasiones. Creo que esto es, en parte, una opción deliberada, que responde a una intención de suscitar preguntas, provocando con ello nuevas investigaciones. Tal vez haya que esperar un tiempo para ver en qué medida dicho método ha resultado eficaz, pero temo que el lenguaje casi etéreo de algunas de las aportaciones de este tomo no suscite sino alguna que otra ensoñación.

Hace Duby una larga introducción (obertura se denomina) transparente en su complejidad, como tanto de lo que Duby escribe, en la que reflexiona sobre lo público y lo privado, sobre las dos naturalezas de los poderes en juego y sobre lo que eso conlleva en la definición de lo que por privado se ha de entender. Privacidad que, en el siglo X, acabará por invadirlo todo, en un proceso que, según el autor, no se origina solo en las invasiones de los bárbaros sino que tiene su germen en los finales de la época clásica, y que vendrá caracterizado por el cerramiento, la *curtis* (corte) y por las nuevas relaciones que son propias de la sociedad feudal: las que unen al rey con su entorno, las de los nobles entre sí, marcadas por la familiaridad y la deferencia. Invasión de lo privado en todos los ámbitos, privatización de las personas, de los pobres, palabra que caracterizará al pueblo, a los sin armas, en este tiempo. Invasión a la que tampoco escapa el campo de lo re-

ligioso. Si bien, señala Duby, sigue permaneciendo clara la existencia de una distinción entre lo que es público y lo que no lo es, a pesar de esa invasión, real, de lo privado. La casa, la familia, la persona, quedan, al final, como reducto ante esa misma invasión.

Este es el fondo. Sobre el mismo se hace un estudio dividido en tres distintos enfoques que, bajo la denominación de Cuadros, Ficciones, Problemas, tratarán de unas determinadas y muy concretas parcelas que, por mejor conocidas, pueden ayudar a dibujar el conjunto y a plantear cuestiones. La elección, es evidente, podía haber sido otra, se podía haber estudiado, en el apartado Ficciones, por ejemplo, la literatura germánica, o la hispánica, tanto o más rica, pero se elige un determinado marco de referencia, la literatura francesa de la época feudal, para describir, con ligera pero siempre diáfana, pluma, los lugares simbólicos, el espacio interior (la alcoba, la sala) la sociabilidad y los lenguajes secretos, la figura de los hermanos, la enseñanza de las mujeres según los libros, la enseñanza del pudor, de la relación con el cuerpo, de sus cuidados, la obsesión por los problemas de identidad, etc. En suma, se puede decir que Danielle Regnier-Bohler toca de todo un poco y qué, ciertamente, su estudio plantea preguntas.

Como también las plantean lo que se incluye en las otras dos secciones: en la primera, los Cuadros, se estudia la vida privada de las familias aristocráticas de la Francia feudal, procediendo G. Duby a un análisis de la convivialidad y D. Barthélemy al estudio del parentesco y de los sistemas de filación y de formación de linajes. Expone Duby las representaciones de la morada perfecta: Jerusalen como paradigma, el monasterio como ejemplo. La pareja matrimonial como centro esencial de la casa noble, pero con una neta separación de lo masculino y lo femenino dentro del espacio doméstico. En la importancia de la pareja insiste D. Barthélemy, que fecha hacia el año 1.100 el inicio de los primeros rituales matrimoniales. Señala, después de haber estudiado la sociedad conyugal y la situación de la viuda como parte del proceso, los cambios lentos dentro de la familia noble, distintos a los de la familia campesina (de la que apenas se nos dice nada). Y de nuevo surge la pregunta: cierto es que las fuentes son escasas para estos primeros siglos, pero ¿tanto?

Más preguntas, pero también muchas más respuestas, surgen del estudio de Ch. de la Roncière, buen conocedor de la Italia de los siglos XIV y XV. Habla el autor de las familias notables toscanas en estos siglos. Es la segunda parte de estos "Cuadros". Y aquí estamos ante un 'cuadro' mucho más completo: se habla de los altos, pero también aparecen, como contrapunto, las gentes del pueblo, las urbanas y las rurales. Se trata a mi juicio, de un magnífico estudio, que indica lo que, con fuentes suficientes en la mano, puede hacerse en este campo, si es que se saben hacer las preguntas adecuadas. Las casas, su disposición, la alcoba, las cerraduras, las ventanas, la luz y el fuego, el ornato doméstico, los tapices, telas, vajilla: las cosas; la alimentación y sus ritos, la vida común y la vida de solidaridades externas, la vida privada y el individuo y sus espacios; el papel de los sirvientes; la educación y la importancia de la pastoral dentro de la casa; la invasión de los frailes y su papel creciente como directores de conciencia, en las visitas domiciliarias y en la confesión. Todo esto desfila, ordenada y sugerentemente, por el centenar de páginas que cierran esta primera parte y enlazan con la tercera, dedicada a los "Problemas".

Cuatro historiadores contribuyen a esta última. G. Duby

lacia en un estudio sobre el espacio privado en los siglos XI y XII, en el que se habla de la vivienda, pasando de su descripción externa, de la torre-fortaleza, a su ámbito interno, no lleno de esa "horrible tristeza" con que se le ha acostumbrado a presentar. Los dos siglos siguientes los trata Ph. Contamine, que describe las calles, la ciudad cerrada y los intentos de mejorar el urbanismo, pasando luego al estudio de las casas, las rurales y las urbanas, tanto las populares como las de los notables, señalando sus pertenencias e indicando —como lo han hecho otros en páginas de este mismo volumen— la importancia del lecho, posesión primordial de la que solo los absolutamente indigentes carecen. La mejora de las habitaciones puede entenderse, sostiene, como un desarrollo del individualismo, pero sin olvidar que sigue siendo todavía dominante la habitación colectiva.

Es el surgimiento del individuo lo que, precisamente cierra el volumen. Duby habla de los siglos XI-XIII y Ph. Braunstein de los dos siguientes. Se describen los signos de conquista de la autonomía de lo individual, que hasta el siglo XIV va a ser más una individualización de los hogares que de las personas. La conquista de la intimidad será, pues, posterior a estos primeros siglos: el nacimiento del yo, del individuo, que tiene tanta relación con las nuevas manifestaciones religiosas, la confesión principalmente. Pero también el desarrollo de sus signos: los retratos, la autobiografía, los diarios, el gusto por la suntuosidad de los vestidos, la moda. Y los tratados para mejor gobernar el cuerpo, tanto estéticamente como en lo que hace a la salud. Surgimiento lento, por tanto, del individuo dentro del ámbito privado, marcado siempre por otros ámbitos que, como el religioso, lo invaden.

Se acaba aquí este segundo volumen, impresionista y que deja en el aire varias preguntas. Quizás la esencial se pueda hacer ante los dos tomos conjuntamente: hay muchos momentos en que parecería que la vida privada fuera algo autónomo, al igual que todos los elementos que la componen y permiten. Podría parecer, muchas veces, que esta vida se construye en el aire, sin referencia alguna a un marco real institucional y político, que la construyen unas gentes "encantadas", como las llamaría Cellorigo, mientras que las llamadas "gentes sin historia" no la tuvieran ni participaran en ella. Este es, indudablemente uno de los riesgos de este tipo de historia, aunque en ella —como de hecho ocurre en esta obra— se huya de la anécdota, ante el riesgo de verla convertida en una especie de cotilleo histórico. Pero a veces, por tanto huir se abandona un hilo narrativo que articule y permita plantear las preguntas sobre una trama bien tejida, para que la labor sobre la misma resulte eficaz y no se deshila antes de tiempo. La introducción, las magníficas ilustraciones, los cuidados pies de las mismas, su misma abundancia, permiten, junto con los estudios introductorios y la línea que conduce ambos volúmenes, obviar algunos —no todos— de estos inconvenientes. Y, al final, el conjunto resulta, en balance, un acicate más que una descorazonadora exposición de un empeño imposible.

Carmen López Alonso

NOTAS

* Helena Béjar. *El ámbito íntimo*. Madrid 1988.

** Acaba de aparecer recientemente la edición española, en traducción de R. Cotarelo, de *El proceso de civilización*. F.C.E. Madrid 1988.

Islas de historia. La muerte del capitán Cook: Metáfora, antropología e historia

Marshall Sahlins
Barcelona, Gedisa Editorial, 1988

Este bello libro de Sahlins refleja una preocupación generalizada en estos últimos años entre quienes se dedican a las ciencias sociales: el recelo, la desconfianza en las dicotomías de años atrás, sean estas estructura / historia, cambio / continuidad, sincronía / diacronía o símbolo / realidad empírica. También, aunque en estas páginas menos explícitamente formulado, el rechazo de tajantes fronteras entre antropología y otras materias afines.

Anhela más nuestra época síntesis que antítesis; cuando menos compromisos. Y, en efecto, diríase que el capitán Cook —o mejor, su suerte— encarna bien la metáfora de la síntesis: gran navegante y descubridor para los británicos, dios Lono para los hawaianos. Mas al tiempo que aquel está haciéndose mítico o actualizando el mito, éstos están penetrando en la Historia Universal, en el Sistema Mundial. Ya al final de este libro, que se nos hace corto, comprendemos plenamente el valor de la metáfora: su autor nos define la cultura como “la organización de la situación actual en función de un pasado” (pág. 144). Y tal concepción conduce a “la síntesis indisoluble del pasado y del presente, el sistema y el acontecimiento, la estructura y la historia” (ibidem).

La obra, miscelánea en su génesis, adquiere unidad gracias a la metáfora y a su análisis, al contrario de lo que suele ocurrir en libros de este género, y menos aún entre nosotros. Claro está, sin embargo, que sus partes integrantes ofrecen perfiles diferenciados. Vamos a dejar a un lado una relativamente extensa Introducción, con toda probabilidad menos obligada o necesaria de lo que su autor confiesa. Sirve, tal vez, para que el lector poco familiarizado con la evolución intelectual de Sahlins —y concretamente con su acercamiento crítico al estructuralismo francés— entienda ciertas digresiones teóricas esparcidas a lo largo del libro. En mi opinión, el valor de éste no estriba en ellas. Destacaré brevemente otras cuestiones:

Para empezar la finura analítica de Sahlins cuando nos muestra la trabazón, en la sociedad Hawaiana, entre el parentesco y la política a través del sexo, el amor, lo bello. *Aloha* es, a la vez, acto de amor y relación de subordinación política: “lo bello funciona como un paradigma natural de lo político” (pag. 34); “el amor es la infraestructura” (pag. 36). El conjunto de la estructura sociopolítica es negociable porque su basamento es tan movedizo como la pasión y el sentimiento; esta fluidez es la que permite a los nativos integrar, con facilidad y con amor, a los europeos en su mundo de relaciones y de símbolos. Y a ello contribuye decisivamente el mito,

ya que la realeza y la divinidad se concebían en Hawai como foráneas; también la realeza indoeuropea se concibió de ese modo (Sahlins parece querer completar así el círculo de sugestivas equiparaciones entre el mundo polinesio y el indoeuropeo que abriera Hocart y continuara Dumézil). Por eso “Cook había sido un mito antes de que fuese un hecho” (pag. 80). Estos son algunos de los datos etnográficos y algunas de las interpretaciones.

Quiero resaltar también otros aspectos de relevancia más general. Ante todo, una idea que circula por la obra: a diferencia de una concepción empirista del ritual, Sahlins contempla los ritos nativos más como expresiones de teorías que de realidades. De teorías cósmicas y también del orden social. De teoría política que es, en definitiva, la de nuestro propio pasado: el rey extranjero asume la realeza fuera de su tierra a través de su relación amorosa con la princesa nativa. Y esto, como dice Sahlins, antes de que fuese para nosotros un cuento de hadas, era teoría social. Por esta y otras vías, el autor reivindica la inclusión de materiales, aparentemente ingenuos o triviales, en una historiografía diferente a la usual en el mundo occidental. Con el mismo talante Sahlins da la vuelta a la interpretación convencional de la figura y de l destino fatal de Cook. Según aquella, los nativos se equivocaron al tomar al capitán por dios de la fertilidad. Sahlins muestra, por el contrario, cómo una sucesión de errores por parte de los británicos condujo a tal desenlace; la muerte del dios (Cook) Lono vino a poner las cosas en su lugar, ritualmente hablando.

En otro sentido resulta reconfortable que Sahlins haga amplio uso de autores como Frazer y Hocart, otrora bestias negras del funcionalismo. Nobleza obliga, sin duda, dados los temas de este libro —deicidios periódicos, ritos de investidura regia... Temas que quizá hagan que su autor haya optado por narrarnos no “lo que sucedió realmente” (pag. 82), si bien aclara que lo que narra puede ser más importante desde un punto de vista histórico. Es una opción tan lícita como cualquier otra, pero acarrea un costo innegable; dejar de lado casi por completo la cara sucia de lo que “sucedió realmente” tras el contacto y la posterior colonización de las Islas Sandwich. El lector queda más bien en ayunas respecto al destino de la paradisíaca *aloha* de los contactos iniciales. La contrapartida a la ofrenda y el amor indígenas se tradujeron en enfermedades y epidemias que redujeron pronto a la población de las islas a un 20%. Ello estuvo acompañado de la vertiginosa occidentalización y cristianización de los hawaianos, fenómenos estos a los que contribuyó decisivamente el gran conquistador y unificador nativo Kamahameha I, el llamado Napoleón hawaiano; una figura quizá impensable si no se hubiera producido el contacto, y a la que, sin embargo, este libro presenta, repetida pero fugazmente, como algo casi del todo autónomo.

Para terminar, unas breves palabras sobre la versión castellana. Es de agradecer que un libro nada barato como el que nos ocupa esté, en general, bien traducido; ciertos vocablos —pocos, por fortuna— revelan traducción acelerada, cuando no penosos anglicismos. Otros fallos, tampoco abundantes bien es verdad, requieren una llamada de atención a la editorial de cara a la supervisión profesional de futuras traducciones. Dado que el libro va dirigido a un lector al menos medianamente culto, tal vez sobre la nota de la traductora (pag. 11), aclarando que una referencia a *Alicia* procede de un famosísimo libro. Faltan, sin embargo, otras aclaraciones, por ejemplo los términos *gumsa/gumlao* aparecen (pag. 48) en el contexto de una amplia referencia a la Grecia de la época heroica; el lector que no sepa el origen extremo oriental de tales

conceptos y de su amplio uso por Edmund Leach, podría imaginar en ellos realidades o raíces indoeuropeas. Pero es peor aún que una referencia, comprensible para iniciados, a un tipo de enlace matrimonial de los llamados asimétricos (con una hija del hermano de la madre de ego) aparezca, sin aclaración, como "matrimonio MBD" (pag. 101, nota 22), esto es,

con las iniciales de los vocablos ingleses correspondientes. Algo lamentable si uno recuerda aquel hipotético lector al que ha habido que instruir respecto al bien conocido personaje de Lewis Carroll.

Enrique Luque Baena

Democracia y Política exterior en España

Roberto Mesa
Madrid, Eudema, col. Actualidad, 1988

Para consuelo de afligidos y aviso de navegantes, *Democracia y política exterior en España* es, en principio, un libro oportuno: proporciona una reflexión construida al hilo de los acontecimientos que han conformado la política exterior de la España democrática. Se trata de una recopilación de artículos que, al cubrir todo un período histórico —desde la muerte de Franco hasta 1987— pleno de significación tanto en lo que se refiere a la situación política interna como a la política exterior (inseparables o ineludiblemente convergentes según el autor), supera los análisis sectoriales, publicados hasta la fecha con profusión, sobre los distintos hechos que en materia internacional han afectado a España, ofreciendo una visión global y clarificadora de la política exterior española.

Sin embargo, hubiéramos preferido del profesor Mesa la publicación de un libro que desarrollara con amplitud las ideas que se apuntan en éste. Una disquisición teórica sobre cuestiones como las posibilidades de transformación de la política exterior de un país en el que, como en el caso de España, se produce un cambio de régimen, o un análisis profundo de la relación siempre polémica entre política interior y política exterior, hubieran contribuido a llenar un vacío desolador de estudios actualizados sobre relaciones internacionales. Por otra parte, echamos en falta una reflexión actual sobre los temas tratados, con la perspectiva que aporta el paso del tiempo y la consumación de hechos que entonces, cuando se publicaron los artículos que configuran *Democracia y política exterior en España*, eran sólo posibilidades.

Finalmente, hubiera sido un acierto incluir la referencia de cada escrito, o al menos la fecha de publicación que, de otra forma, hay que ir adivinando a lo largo de la lectura. Con todo, el discurso de Roberto Mesa en esta y otras materias siempre es interesante por lo que la lectura de *Democracia y política exterior en España* no sólo no es vana, sino que garantiza aportaciones originales.

Comienza por ponernos en antecedentes con un artículo dedicado a la política exterior franquista, de la que propone una periodización fundada en los órganos encargados de ejecutarla. Así, distingue tres grandes periodos (1940-42; 1946-57 y 1957-69) a lo largo de los cuales se configuran —a través de

las personas que ocupan la cartera de Exteriores y que cuentan con especial relevancia a pesar de la constatación del hecho de que en los regímenes autoritarios, en general, las decisiones en materia exterior emanan directamente del Jefe de Estado— las líneas maestras de lo que sería la acción exterior española, cuya directriz ideológica inmutable fue, durante los casi cuarenta años de Régimen, el anticomunismo militante. Otros autores, como el profesor Aldecoa¹ han efectuado diversos intentos de análisis de la política exterior franquista a partir de su disección en períodos sobre bases distintas: evolución de los hechos o consecuciones de la política exterior más que sobre las personas concretas. No obstante existe una coincidencia entre ambos, que señalan como fundamentales en la política exterior española, los períodos en los que Martín Artajo y Castiella ocuparon el Ministerio (1945-57 y 1957-69 respectivamente).

La cuestión fundamental que se plantea el autor, después de apuntar la posibilidad de que la España de Franco fuera más bien objeto que sujeto de las relaciones internacionales (pág. 18), es la de la conexión y la necesidad de coherencia entre la política interna y la política exterior; la divergencia entre ambas llevó al fracaso, o al menos a la ausencia de resultados positivos concretos, la labor del ministro Castiella que, sin embargo, "supuso el único intento consciente de llevar a cabo una política exterior original" (pág. 26)².

Llama la atención, con la perspectiva del tiempo, leer las propuestas que plantea el profesor Mesa como base para iniciar, después de la muerte de Franco y con el desmantelamiento de su régimen, una política exterior democrática. En este sentido, señala como fundamental la adscripción de España a una postura neutral "la cual eliminaría toda tentación, o invitación, de participar en la Organización del Tratado del Atlántico Norte..." (pág. 37); el resto de sus desiderata, sin embargo, sí coinciden con lo que posteriormente ha ido sucediendo precisamente a partir de un planteamiento convergente de la política exterior y la estructura política interna.

Inserta ya España en pleno proceso democratizador, tres son las cuestiones, que se convierten en tema recurrente y de cuya evolución hace el autor un seguimiento exhaustivo, sobre las que España habrá de definir su política exterior: se trata del atlantismo, del europeísmo y del "tercermundismo", este último desdoblado en dos proyecciones fundamentales: Iberoamérica y los países árabes, especialmente el Mogreb. Nos referiremos sobre todo a sus apreciaciones sobre la C.E. y la OTAN, ejes, hasta la integración de España en ambas organizaciones, de la política exterior española. En relación con ellas, ofrece sus planteamientos personales mostrándose radicalmente antiatlantista: "... España no puede jugar en modo alguno el papel de contrafuerte de la OTAN en el Mediterráneo", "...No debe tratarse, pues, en el futuro, de engrosar las filas políticamente debilitadas de la OTAN" (pág.41) o "... Ahora no habrá que reclamar solamente el desmantelamiento de las bases norteamericanas, sino también, y al mismo tiempo luchar contra el compromiso atlantista" (pág. 76), tono que se va matizando al mismo ritmo con que se va im-